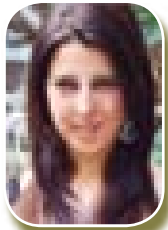


PLAÑIDERAS

Las



Ana Valtierra

Doctora en Historia
y Teoría del Arte
Universidad Autónoma
de Madrid

A lo largo de toda la historia han existido mujeres que eran llamadas para llorar en los entierros: las plañideras. La palabra deriva de *plañir*, o lo que es lo mismo, gemir, sollozar o llorar. A su vez, este vocablo proviene del latín *plangere*, llorar, lamentarse aparatosamente, golpear en señal de dolor. Es una de las prácticas funerarias más antiguas, en las que la llorona se convierte en una especie de actriz trágica, una profesional cuyo origen y evolución podemos rastrear desde los tiempos más remotos en multitud de representaciones artísticas. Era la manera de dejar constancia pública tanto del dolor de los familiares del difunto, como de su estatus social, puesto que requerían una remuneración que muchas veces los deudos no podían pagar. Lloronas, lastimeras, vocetrices o plañideras aparecen frecuentemente en las fuentes arqueológicas, vasos, pinturas, esculturas o literatura. Estas manifestaciones artísticas son en multitud de ocasiones la manera de acercarnos al estudio de una figura que fue crucial a lo largo de la historia, puesto que sorprendentemente, pocas veces son mencionadas en otro tipo de documentos.

Las plañideras eran seres psicopompos, que con sus lágrimas y cánticos preparaban el paso del difunto al otro mundo. Guardaban relación con las prácticas más antiguas de magia, un rito de paso documentado a través del arte desde época muy antigua. En la "Epopéya de Gilgamesh", considerada la narración más antigua de la historia, ya aparecen plañideras. En estas tablillas escritas en cuneiforme del II milenio a. C., Enkidú llora por su amigo, "Me lamento amargamente como una plañidera", dice. También "para Tammuz, el amante de tu juventud, has ordenado llantos año tras año", señala.

"En la antigüedad, ya se incluía su representación acompañando al cortejo fúnebre. Una de las imágenes más antiguas que conservamos la guarda el Museo del Louvre. Perteneció a la cultura egipcia y está datada, nada más y nada menos, que de entre el 1295-1250 a. C."

Es tierra modelada, pintada, pulida y cocida, pero a través de este humilde material, nos transmite toda la fuerza de estas figuras. Se cree que puede representar a la diosa Isis, llorando por su esposo Osiris. Asesinado vilmente por su hermano Seth, fue cortado en pedazos y sus restos expandidos por todo el reino. Su esposa,

tras largas caminatas, encontró todas las partes menos el pene, y las unió con ayuda del dios Anubis. Es el origen mítico de la momificación, y de las plañideras. En esta preciosa esculturilla, se lleva las manos a la cabeza. Es uno de los gestos más característicos de este gremio, "carpere", o arrancarse el cabello en señal de dolor extremo.

Más sorprendente si cabe es la representación que aparece en la tumba Ramose, visir de Amenhotep III (XVIII Dinastía). Entre estas cantoras de Hathor, como eran conocidas, tal y como nos narraría Herodoto mucho más tarde, era habitual que "se emplasten de lodo el rostro y la cabeza. Así desfiguradas y desceñidas y con los pechos descubiertos, dejando en casa al difunto, marchan por la ciudad llorando y dándose golpes de pecho". Iban en grupo, y las letanías las alternaban con esos movimientos de manos que podemos ver en el fresco. El llanto se representa por lágrimas que caen de los ojos, y muecas de dolor. Aparecen niñas porque efectivamente, la profesión se transmitía de madres a hijas, que acudían a aprender el oficio.

Sabemos que el ritual se introdujo en Grecia de manera temprana por las pinturas en cerámica del conocido como Maestro del Dípilon. En un ánfora datada del 760 a. C., que mide nada más y nada menos que 1,55 metros de alto, del

Museo Arqueológico Nacional de Atenas, se representa el momento del enterramiento. Entre el horror vacui de la decoración geométrica, encontramos la escena de prótesis, esto es, de exposición y lamento del cadáver. La difunta, que es a quien pertenece esta tumba, yace tumbada en su lecho cubierto con un dosel (el damero de encima). La rodean figuras representadas de manera esquemática que se tiran del cabello: las plañideras. Estos vasos-estela se colocaban encima de las tumbas. Permitía verse de lejos y su base, horadada, que las libaciones u ofrendas líquidas le llegaran directamente al fallecido, en el sentido más literal de la palabra. En la cultura griega destacaba

el culto y respeto por los antepasados. Enterrar a los muertos era un deber sagrado social, pero también personal. Muerte y nacimiento son los dos acontecimientos más importantes de la vida, en los que se inhala o exhala un aliento vital, según el caso. De ahí el que los griegos pensaran que estos dos acontecimientos estaban unidos, y llegaron a estar prohibidos en los santuarios, o incluso algunos territorios, como la isla de Delos.

Este hábito griego lo heredó, como tantas cosas, el mundo romano. Aquí daban el nombre de "praefica" a la plañidera principal de cada comitiva. Ella era la que dirigía el lamento, y daba al resto de sus colegas el tono de tristeza adecuado. Fue Roma quien difundiría su costumbre por todo el Mediterráneo, perpetuándose en la Edad Media. En el sepulcro de la reina Doña Blanca I



Egipto 1295 a. C.



Tumba de Ramose.



Sepulcro de Sancho Sánchez de Carrillo.



Lacrimatorio



Cementerio de Luján.

profesionales del llanto funerario



Entierro en Ormans.

de Navarra (1385-1441) conservamos un buen ejemplo. Tan sólo a llegado a nuestros días la cubierta superior del mismo, donde en su cara frontal se representa a Doña Blanca I yaciendo en una cama, y un angelillo que transporta su alma al cielo. A la derecha está el rey, desolado. A la izquierda, un grupo femenino, cerrado en su extremo izquierdo por la plañidera, que se lleva la manos a la cabeza. Lloran por la triste muerte de la reina, que ha fallecido pariendo al que luego sería Alfonso VIII de Castilla.

En el sepulcro de Sancho Sánchez Carrillo (siglo XIII), hallado en la ermita de San Andrés de Mahamud (Burgos), se encontrado una de las mejores muestras de esta profesión, así como de la pintura primitiva castellana. Ubicado actualmente en el Museo de Arte de Cataluña, las vemos descontextualizadas, pero constituyen una de las mejores muestras de este tipo de representación. Sabemos por un documento de 1295 que don Sancho Sánchez Carrillo y su esposa doña Juana fundaron unas capellanías obteniendo, en contrapartida, el permiso para enterrarse en su interior. Lo decoraron con figuras, plañideros y plañideras, que se aglomeran haciendo grandes gestos de dolor entre lágrimas, así como agarrándose de los cabellos. Algunas incluso se arañan el rostro, que muestra profundas heridas. Efectivamente, en medio de toda esta teatralidad era frecuente autolesionarse o macharse las ropas y cara con barro.

Las autoridades tanto civiles como eclesiásticas de diferentes épocas y lugares, intentaron terminar con este ritual funerario, considerado irreverente. Desde el siglo XIV se hicieron leyes para erradicar el uso de plañideras, que entorpe-

cían los oficios con sus lloros o tirándose encima de los sepulcros en medio de un gran alboroto. Conservamos en las iglesias autos de los obispos dando poder a los sacerdotes de pequeñas parroquias para prohibirlas, pero con poco éxito. "Entierro en Ormans" (1849), una de las pinturas más famosas de Gustave Courbet, es una buena muestra de ello. Esta enorme pintura, presentada

en el Salón de 1850, fue un tremendo escándalo en la época que marcó un hito tan importante como la aparición de la corriente realista. El motivo fue que el pintor francés había tomado el formato y el estilo

de la académica pintura de historia, para escenificar un tema que se consideraba banal o de género: un entierro. Posiblemente se trata de la inhumación de su abuelo materno, un republicano convencido. Asiste toda la comunidad, desde representantes del Ayuntamiento hasta plañideras, pasando por la familia del pintor. Sabemos incluso por comentarios del pintor que toda la población de Ormans, su pueblo natal, posó para la pintura. Por tanto, esas cuarenta y seis personas que vemos caracterizadas en este enorme lienzo a tamaño natural, es un retrato toda la ve-cinidad de este pequeño municipio.

Había que demostrar que el difunto era querido, y eso se medía en la cantidad de lágrimas derramadas, que las plañideras guardaban en lacrimatorios, que luego eran depositados en las tumbas. Estos pequeños viales de barro o cristal los encontramos en Grecia y Roma, y reaparecieron con mucho auge en la Inglaterra victoriana del siglo XIX. En esta época eran los familiares quiénes lloraban la pérdida y guardaban sus lamentos en este pequeño frasco. Tenía un tapón

especial que permitía su evaporación. Su finalidad: marcar el final del luto una vez volatilizados estos pequeños lamentos líquidos.

España cuenta con una gran tradición en cuanto a plañideras se refiere. Junto a la iglesia parroquial de Santa María en Luanco (Asturias), una espectacular escultura en bronce, realizada en 2003, obra de Pepe Antonio Márquez, las rinde homenaje. Es innegable que las choronas gallegas, nigaregileak narravas o erostariak vizcaínas tuvieron un importante auge durante siglos. Su figura, teóricamente, desapareció en los años 50, aunque realmente se ha perpetuado en algunas poblaciones con el tiempo. El servicio de estas mujeres sirve para darle notoriedad al entierro, porque cuanto más pesadumbre muestren las doncellas, mayor se cree la tragedia de la pérdida. En Semana Santa, es habitual verlas llorando por la muerte de Cristo tras los pasos. O incluso en Carnaval en el Entierro de la Sardi-na, en el desfile que parodia un cortejo fúnebre. Otros países continúan contratando los servicios de estas mujeres, o incluso realizando concursos nacionales, donde se premia la espontaneidad, la creatividad en su vestuario y el llanto, como es el caso del Museo de la Muerte de San Juan del Río (México). En Centroamérica y Sudamérica, sobre todo durante los siglos XVI y XVII, muchos de los difuntos no tenían a su familia allí, por venir de España, por ejemplo. Era necesario el llanto para realizar el tránsito de la muerte, de ahí que se contratara a lloronas como si fuera un servicio funerario más. Los cementerios, les siguen así honrando en piedra, como en el caso de Luján (Buenos Aires), cuya entrada está flanqueada de estas monumentales y catárquicas figuras. A fin de cuentas es uno de los oficios más antiguos del mundo, casi tanto como la existencia de la propia muerte.



Sepulcro Doña Blanca I de Navarra.

Desde el siglo XIV se hicieron leyes para erradicar el uso de plañideras, que entorpecían los oficios con sus lloros o tirándose encima de los sepulcros en medio de un gran alboroto